

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA IV, DESPUES DE LA
DOMINICA I DE CUARESMA.

San Mateo, cap. XII, vs. 38 al 50.

En aquel tiempo dijeron á Jesús algunos de los escribas y fariseos: Maestro, deseamos verte hacer algun milagro. Mas él les respondió y dijo: Esta raza mala y adúltera pide un prodigio; pero no se le dará el que pide, sino el prodigio de Jonás profeta. Porque así como Jonás estuvo tres dias en el vientre de la ballena, así el hijo del hombre estará tres dias y tres noches en el corazon de la tierra. Los ninivitas se levantarán en el dia del juicio contra este pueblo y le condenarán, porque ellos hicieron penitencia á la predicacion de Jonás, y he aquí uno que es mas que Jonás.

La reina del mediodia se levantará en el juicio contra este pueblo y le condenará, porque vino de las extremidades de la tierra para oír la sabiduría de Salomon, y he aquí uno que es mas que Salomon. Cuando el espíritu inmundo ha salido del hombre, anda por lugares áridos buscando donde hacer asiento y no lo encuentra. Entonces dice: Tornaréme á mi casa de donde salí. Y al volver la encuentra desocupada, barrida y adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí, viniendo á ser el último estado de aquel hombre peor que el primero. Así sucederá á esta raza perversísima. Estando aun él hablando al pueblo he aquí su Madre y sus hermanos; estaban fuera y querian hablarle. Dijo le uno: Mira que tu Madre y tus hermanos están fuera preguntando por tí. Pero respondiendo él al que se lo decia, replicó: ¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano hácia sus discípulos, dijo: He aquí mi Madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciera la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

CAPITULO XXIII.

DE LAS PARABOLAS DE JESUS A LAS TURBAS Y A SUS DISCIPULOS.

No es difícil de comprender que Jesús tuviese no solo admiradores de su doctrina y milagros, sino muchos miles de seguidores que cortiesen en pos de él, atraídos por la suavidad y eficacia de sus palabras, lo asombroso de sus portentos, y por el deseo de alcanzar alguna parte en sus misericordias, puesto que nada gana en el mundo mas partidarios y amigos que el hacer beneficios, aunque la gratitud y buena correspondencia en muchos solo dure el tiempo de recibirlos. El corazon amantísimo del Salvador no tenia límites en su caridad y su celo no menos ardiente que aquella los desconocia tambien: por esto no quiso dejar á Cafarnaum, de donde se aleja por algunos dias, y donde habia una multitud de personas que habian venido resueltamente para oírle de todas las ciudades de la provincia, sin repartirles el pan de la divina palabra; pero como la casa donde moraba era pequeña para tanta gente que deseaba instruirse, se marchó con sus discípulos á las orillas del mar, siguiéronle efectivamente las turbas y se preparó para pescar de en medio de las aguas los hombres que existían en la tierra; pues era tan grande la multitud, que para no ser oprimido le fué preciso entrar en la barca que le sirvió de cátedra majestuosa para enseñar.

San Crisóstomo [1] se empeña en averiguar el motivo por qué Jesús subió en esta ocasion á la nave, y dice: Subió Cristo á la nave para no tener á sus espaldas persona alguna, sino para tener á su presencia todos sus oyentes; para que le oyese el pueblo, y oyéndole se deleitase su oído, y viéndole se alegrase su vista. El venerable Beda añade [2]: La nave significa la Iglesia que el Señor habia de edificar en medio de las naciones, desde cuyo centro su voz habia de resonar en todas ellas por la predicacion de los apóstoles; por cuya razon se hallaban en el barco juntamente con el Señor que los habia de enviar; y como la enseñanza que ellos habian de esparcir por todo el mundo era el reino de los cielos ó el reino de Dios, esto es, el establecimiento de la nueva Iglesia compuesta indiferentemente de judíos y gentiles, ó por mejor decir, de extranjeros antiguamente idólatras, puesto que ios hijos del pueblo santo por su obstinada adhesión á las preocupaciones de su nacion serian casi en su totalidad excluidos, propuso el Señor á las turbas cuatro parábolas diversas, hablándoles segun la costumbre del tiempo y del país y muy propias para sanar los distintos males á que están sujetas, mas especialmente las diversas condiciones de los hombres, á fin de que las medicinas fuesen proporcionadas á la multiplicada variedad de los males de que cada una de ellas adolece.

Tampoco habia en las turbas una sola voluntad, como observa san Gerónimo [3], por lo que era preciso hablarles con varias y diversas parábolas, para que segun la diversa aplicación que de ellas pudiera hacerse recibiesen tambien varias correcciones; pues así como á unos gustan las comidas picantes ó saladas, y á otros mas lenes y suaves, á fin de que cada uno recibia el alimento que necesita, segun la naturaleza de su estómago. Es cierto que para la clara inteligencia de ellas necesitaba una alma sincera y un corazón puro, cuyas cualidades eran bastante raras entre las personas que se hallaban presentes y Jesús deseaba con mas ansia instruir. Tambien era preciso llevar mucha desconfianza de su propio juicio y resolverse á pedir con humildad al predicador la inteligencia de las co-

[1] Div. Crisostom. Hom. 25 in Math.

[2] Ven. Bed. in cap. 6 Joann.

[3] Div. Hieronim. in cap. 13 Math.

sas que no se comprendieron bastante, como así lo hicieron los apóstoles, pidiendo á Jesucristo con la mayor humildad la explicacion de lo que no entendian, la que el Maestro divino les otorgaba siempre con la mayor benignidad; pero esta humilde peticion era lo que mas resistia la soberbia de los fariseos; así se vieron estos entregados á la mas negra ceguera del entendimiento y á la mayor dureza del corazón, mientras los otros iluminados con el espíritu de la verdad, que con su muerte les mereció el divino Maestro, ilustraron y aclararon mucho en sus entendimientos para provecho suyo y nuestro, las noticias y conocimientos que recibian al tiempo de la instruccion, aunque es fuerza advertir que no les dió Jesús todas las instrucciones en parábolas, sino muchas, mezclando las cosas claras con oscuras, para llevarlos desde la inteligencia de las que entendian, á la de aquellas mas oscuras y que no entendian.

En estas cuatro parábolas colocó el Señor el curso majestuoso de la Iglesia que fundaba, desde el principio hasta el fin; esto es, desde la misma predicacion de Jesucristo hasta el fin del mundo. En la primera tomó la similitud de la semilla que se confía ó arroja á la tierra por la mano del sembrador, cuya cuarta parte es tan solamente la que da fruto: en ella se simboliza ó denota la predicacion de Jesucristo y la de los apóstoles que predicaron indistintamente á los judíos buenos y malos; siendo así comparativamente los menos los que creyeron, porque sus tres cuartas partes quedaron en la infidelidad. El labrador, dijo, arroja el grano sobre la tierra; y aunque lo distribuye con la mayor igualdad, una parte de él salta al camino público, es pisado de los que pasan, acuden las aves del cielo y se lo comen. Otra parte cae sobre un terreno pedregoso donde encuentra poca tierra, y aunque nace, se muere luego; pues no teniendo labor profunda y aumentándose la sequedad por los ardores del sol, como echó poca raíz y no pudo recibir alimento de la tierra, se secó y se murió. Otra tercera parte cayó entre malezas y espinas; allí brotó, creció y se fortificó; pero como no se tuvo cuidado de desmontar y limpiar la tierra, crecieron las espinas con mayor prontitud y llegaron á ser tantas, tan unidas y compactas, que la buena semilla se sofocó y pereció sin dar fruto. La cuarta tercera parte por fin cayó en tierra bien preparada y de buena miga y sustancia:

nació, creció y maduró á su tiempo, y se recogieron de ella treinta, sesenta, y aun ciento por uno.

Parece que los apóstoles no quedaron bastante satisfechos con la indicacion de esta parábola misteriosa, aunque el Salvador la habia propuesto con tanta claridad y sencillez; y como para llamar la atencion de los escribas y magistrados dijo en alta voz: *El que tenga oídos para oír, que oiga*; dando así á entender á todos que la sublimidad de la doctrina propuesta padia un serio y detenido exámen, que no bastaba atenerse al sentido material de la letra, ni á un exámen superficial, sino que era necesario profundizarla para sacar provecho de ella. Los apóstoles que tenian mas confianza con Jesús, y que conocian que no comprendiendo ellos el sentido de la parábola, lo comprenderian menos los demás, preguntáronle animados del mayor celo: ¿Cómo era que habiendo juntado tanta gente con el objeto de instruirla, no les hablaba sino por enigmas? A lo que contestó Jesús: Yo hago una muy notable diferencia entre vosotros y los demás que no escuchan. Yo os contemplo movidos de un sincero deseo de saber las verdades saludables, y Dios os concede el privilegio de oír al descubierto los misterios de su reino sobre la tierra; y si no estais del todo capaces para ello, ya se acerca el tiempo en que recibireis luz de lo alto; pero este privilegio no es común á todos los hijos de Jacob que se juntan al redor de mí, pues los mas de ellos están resueltos á abandonarme con la misma facilidad que se me juntaron, tan luego como mi doctrina no lisongeé sus gustos; para ellos no puede haber mas que doctrinas enigmáticas y lecciones oscuras. Oíd por tanto con intencion recta, creed por el testimonio que mi Padre da de mí, y esperad con fe al espíritu destinado á ilustrar á los hombres de buena voluntad; y á proporcion de vuestros esfuerzos se os comunicarán nuevos grados de inteligencia y luces mas extensas. Pero al que escucha con perversidad de corazon mis lecciones, le sucederá todo lo contrario; y en lugar de adquirir nuevas luces, se verá mas ofuscado su entendimiento.

Me habeis preguntado á mas ¿por qué uso de parábolas y enigmas? ¿No sabeis que hablo á hombres que ven y no quieren ser ilustrados? ¿que oyen y no quieren reflexiones? ¿que entienden y no quieren comprender? ¡Ah! si no fueran tan duros de corazon,

bien pronto comprenderian la mudanza que ha de hacer en el mundo mi doctrina en perjuicio de sus miras ambiciosas y detestables; abjurarían sus falsas creencias y se convertirían, mas ellos están obstinados; levantarán contra mí tempestuosas sediciones y se cumplirá contra ellos el dicho de Isaías: *Vosotros oireis con vuestros oídos y no entenderéis, vereis con vuestros ojos y no conoceréis. ¿Y á quién ha de ser?* Al Mesías prometido en la ley, al Mesías suspirado y deseado: se os manifestará con señales incontestables, le vereis y no querreis conocerle. Si; el corazon de este pueblo está endurecido; han tapado sus orejas y cerrado sus ojos; sordos y ciegos voluntarios, temen ver y entender por el temor de que los nueva y convierta; bien hallados en sus males, desprecian todo género de remedio. Vosotros empero sois bienaventurados y dichosos, porque veis con vuestros ojos y oís con vuestros oídos; muchos profetas y justos desearon ver y oír lo que vosotros veis y oís, y no lo lograron; mas supuesto que no entendéis mi parábola, oíd su explanation.

Su primera explicacion ó interpretacion es de la semilla y del Hijo de Dios, que saliendo del seno del Padre, esto es, del seno de la invisibilidad, se hizo visible al mundo y sembró en él la semilla de su divina y celestial doctrina, la que cayó en cuatro lugares, á saber: tres partes de ella en tierra mala y que no podia dar fruto, y la otra parte en tierra buena, que daba fruto de tres maneras multiplicado. Sembró muchas especies de semillas. Primero con el dedo de su omnipotencia sembró en el corazon de todos los hombres los preceptos de la ley natural; tales son aquellos de que: *No quieras para los otros lo que no quieras para ti; y haz á los otros lo que quieras que hagan por ti.* Por medio de los ángeles sembró después las revelaciones; por Moisés la ley escrita, esto es, los preceptos y las prohibiciones; por los profetas las promesas y las amenazas; y últimamente á sembrar por sí misma la ley evangélica en el corazon de todos los fieles. Ni deja tampoco de sembrar en nuestras almas, no solo cuando enseña, sino tambien cuando siembra en ella la buena semilla de las virtudes. Salió pues del seno de su Padre [1], el que está en todas partes, no como el cuerpo que ocupa un

[1] Div. Crisostom. Hom. 45 in Math.

lugar, sino el que todo lo lleva con su poder, majestad y grandeza: y acercóse mas á nosotros por el vestido de nuestra carne en la encarnacion para sembrar su semilla el que tiene el oficio de sembrar la ciencia y la gracia por la palabra de su doctrina; porque él es el verdadero sembrado, y el predicador es solo la expuerta de aquel: y mientras siembra, esto es, mientras indiferentemente esparce su doctrina, con una parte de la semilla en medio del camino, que es el corazon engañado por los errores, vago por la lascivia, pisado por las sugerencias de la carne, y no solo estrujado por las varias tentaciones de los vicios y sugerencias de los demonios, como el grano que está expuesto en medio del camino, sino mas pisado y estrujado aun por las concupiscencias de la carne; y con el rápido y frecuente tránsito de tantas y tan terribles oleadas, la semilla de la divina palabra se pisotea, se desprecia y no nace; y si nace no da fruto, porque echa muy pocas raíces. Las aves del cielo, esto es, los espíritus aéreos, que son los demonios, que se llaman aves del cielo, ya porque habitan ó porque vagan por los aires, ó ya por la velocidad con que vuelan y discurren por todas partes para provocar todos los hombres al mal, se lo comieron; esto es, lo arrebataron con la perfidia de sus sugerencias, impidieron su fruto y así arrancaron del corazon no solo la palabra, sino hasta la memoria de la palabra, á fin de que ni la memoria, ni el entendimiento se acuerde jamás de lo no quisieron practicar, é impidido el fruto de la divina palabra, se impide la fe, y de este modo no sean salvos. Estos son los que oyen, pero no se aficianan á la divina palabra porque el demonio la arranca de su corazon.

Las palabras de Dios se han de conservar en el corazon; y así como la semilla se oculta y esconde bajo la tierra, así tambien aquellas se han de esconder y guardar en la memoria para que fructifiquen; pues de la misma manera que se desespera de la salud corporal de un enfermo, que por el vicio del estómago no retiene en él los alimentos, así tambien es muy de temer el peligro de la muerte y condenacion eterna de aquellos que no retienen ni conservan en su memoria las palabras de vida que son el alimento del alma, mediante el que se conservan y aumentan los frutos de la justicia que la aseguran la eterna. Al oír esto debé humillarse la fe de nuestro co-

razon, y adorar con todo reudimiento al Verbo, que es la palabra eterna del Padre, sembrado en el suelo por la encarnacion como la primera semilla de la humana salud, y hecho sembrador de la palabra omnipotente que da vida al mundo. Esta palabra cae en muchas ocasiones sobre un corazon de piedra, duro, protervo, rebelde y obstinado por la soberbia; y aunque nace al parecer abrasado luego por los ardores de la tentacion, pierde el verdor de la fe porque no tenia profundas raíces; esto es, la estabilidad de la paciencia, ni el humor de la devocion y de la gracia. En los corazones duros nace algunas veces con prontitud la semilla de la compuncion cuando oyen las amenazas de la justicia eterna; pero encrudeciéndose el viento de la persecucion ó de cualquiera otra tentacion y tribulacion, luego se marchita y seca. Estos son los que oyen y de algun modo se aficianan; pero como no se proponen hacer lo que oyen y se les dice que deben hacer, no echa fruto la semilla divina, porque le falta la raíz del santo propósito: son como árboles trasplantados, y como les falta la firmeza de la raíz, degeneran con mucha facilidad y convierten en mala sustancia la buena que recibieron; esta degeneracion les causa la muerte: para que produzcan frutos enteramente contrarios debe oírse con atencion, con docilidad, con hambre y sed de la verdadera justicia. La semilla es esencialmente buena; no falta quien la siembre; ¿quién tendrá la culpa de que no fructifique?

¿Pero cómo ha de fructificar esta semilla en los que tienen abierto su corazon á los afectos del mundo, que son las uñas del diablo? Depositario es el hombre de las verdades eternas que oye, de las inspiraciones santas que recibe, de los deseos, de los impulsos que le llevan á Dios: si no abriga estas semillas, si no las fomenta, si no clama á Dios para que las guarde y las haga fecundas, ¿quién le ayudará y salvará en el día de la tentacion y desgracia? Seguramente que será cierta su ruina y perdicion eterna, nada le servirá de disculpa en el tribunal de la justicia divina.

Cae esta semilla jun o al camino, porque cae en el corazon de los cristianos que están dentro de la Iglesia, sus creencias empero, sus afecciones, sus costumbres y sus deseos, están, si no enteramente dentro el camino de los gentiles, muy lindamente con ellos; porque la impiedad los afecta, la incredulidad los domina, la licen-

cia los devora, y en nada viven con arreglo al espíritu de la Iglesia: dicen que moran dentro de la fe, y siguen todas las máximas y costumbres del gentilismo; y así la semilla buena y santa es devorada por la rapacidad de los vicios, conculcada por los afectos inmundos, que son las uñas con que el diablo las arrebatara. Depositadas en un corazón abierto, son arrebatadas por la impetuosidad de los vientos de las tentaciones: no tienen abrigo que las fomenta y abrigue, y en vez de clamar á Dios para que las guarde y fecunde con el rocío de la divina gracia, vuelvenle ingratos la espalda, corren al bando opuesto y le abandonan enteramente.

Deslízase otra entre las espinas y tampoco da fruto; porque así como las espinas chupan la sustancia del campo, roban al grano parte del rocío y de la lluvia, y se le atraviesan en el camino para que no medre, así los cuidados del mundo, la ambiciosa codicia de atesorar riquezas, la afanosa solicitud en conservar las adquiridas, y el goce indebido de los deleites, roban todas las atenciones y afectos del corazón, impiden el favor del cielo, debilitan el fervor del espíritu y no dejan prosperar la celestial semilla. Las riquezas y los honores son espinas; porque así como estas lastiman y ensangrientan el cuerpo, así aquellas lastiman y hieren terriblemente el corazón que llegan á dominar; y formando entre sí una torpe alianza, que complica siempre mas y mas la esperanza de adquirir, el temor de perder y el afán de conservar, obstruyen enteramente el paso á las creces de la virtud que queda por ellas enteramente sofocado. Espinas buscan para su campo y no espigas para su granero, los avaros, los soberbios, los vengativos, los idólatras y los incrédulos, los blasfemos y sacrílegos, los lascivos y adúlteros, los matadores injustos, los pérfidos calumniadores y todos los amadores del mundo, porque el amor del mundo es viento que seca y abrasa, y fuego que consume y esteriliza; por consiguiente el corazón donde entra queda enteramente estéril.

Otra comparación no menos hermosa sale de la elocuente pluma del Crisóstomo [1]: Así como la oveja no puede pasearse mucho entre las zarzas, ó sin enredarse enteramente entre las espinas, ó al me-

[1] Div. Crisostom. Hom. 82 oper. imperfect.

nos sin dejar entre ellas una gran parte de su lana, así tampoco nadie puede entregarse á los afanes y cuidados del mundo, ó sin perder enteramente entre ellos los afanes fervorosos del espíritu, ó sin debilitarlos de tal manera que lleguen al estado de verdadera nulidad. Hay una muy notable diferencia entre los vicios y las virtudes: aquellos son espinas que de cualquier parte que vengan se clavan en el corazón, le punzan y le detienen, y las virtudes son perlas, margaritas preciosas, que siempre llenan de gozo y contento el espíritu del que las mira y posee.

Espinas son los cuidados y riquezas del mundo, que hieren y lastiman el alma, en el mundo mismo, en el juicio y en el infierno. En el mundo la punzan de tres maneras, á saber, por el trabajo de adquirirlas, por el temor de conservarlas, por el dolor que causan cuando se pierden. En el juicio la punzarán espontáneamente, porque el Señor dirá á los avaros: *Yo tuve hambre y no me disteis de comer; yo tuve sed y no me disteis de beber*; cuyas punzadas serán de tal manera penosas y aflictivas, que obligarán á los mismos réprobos á que deseen su aniquilamiento y completa destrucción, diciendo á los montes y colinas que caigan sobre ellos, para que las cubran y sepulten para siempre. En el infierno atormentarán estas espinas al alma, porque de ellas se encenderá un fuego que por un efecto maravilloso tendrá el poder de abrasarlas eternamente, careciendo de virtud para destruirlas. Es muy digno de notarse el orden con que presentó el Maestro divino estas tres clases de semillas que no fructifican. La primera no nace, sino que estrujada por las pisadas de los transeuntes, es comida de las aves. La segunda nace, pero el tallo que arroja crece muy poco y luego se seca. Y aunque nace la tercera y arroja tallos que crecen, tampoco llegan á dar fruto, porque las espinas los sofocan. La cuarta semilla empero cae en tierra buena que es negra, por el desprecio que tiene de sí misma; crasa, por la abundancia de sus afectos, y muy bien cultivada por el ejercicio práctico de todas las virtudes; y así da el fruto abundante de las buenas obras; por cuyo motivo dice el venerable Beda [1]: En tierra buena es la conciencia de los escogidos, que hace

[1] Ven. Bed. in eep. 8 Luc.

todo lo contrario de las tres anteriores, no solo porque recibe muy liberal y cuidadosamente la semilla que se le arroja, sino porque la conserva con gran solicitud y constancia entre lo próspero y lo adverso, hasta que llega á dar frutos, dando en una parte el fruto treinta veces multiplicado, en otra sesenta y otra ciento, en lo que se representan los tres estados de los fieles, esto es, el de los que comienzan, el de los que aprovechan y continúan, y el de los perfectos.

Son los que comienzan como la tierra, que da el fruto trigésimo, ó como vulgarmente se dice, el treinta por uno, porque conservan estos la fe de la Santa Trinidad, y cumplen fielmente lo mandado en los preceptos del Decálogo. Los que continúan y aprovechan son como la tierra que da el fruto sexagésimo, ó el sesenta por uno: porque á mas de creer y cumplir lo dicho, se ejercitan en obras de misericordia y esparcen por todas partes el fuego de la caridad. Los perfectos están oportunamente comparados á la tierra buena, que da el fruto centésimo ó el ciento por uno, porque guardan y cumplen no solo todos los preceptos de la ley, sino hasta los consejos del Evangelio. Estos grados de incipientes, proficientes y perfectos, lo descubrió mas bien el Salvador con claridad en otra parábola, diciendo: Fructifica la tierra primero yerba, después la espiga, y últimamente el fruto sazonado y maduro en la espiga misma; y estos son los que escuchan con docilidad la palabra de Dios, la meditan con atencion, refrescan con frecuencia la memoria de ella, evitan la liviandad y ligereza que disipa el espíritu, la inconstancia que muda el corazón, las pasiones que lo dividen, los objetos engañosos que lo arrastran, los deseos desordenados que lo tiranizan, y llevan con paciencia las tribulaciones que lo purifican. Así se ve fructificar la divina palabra en todas estas tres clases á proporcion de su fervor; así se comprende cómo es que unos no dan mas que el treinta, otras el sesenta y otras el ciento; y así en fin se descubre cómo es que la semilla produce primero la yerba, y creciendo la caña da la espiga; y presenta esta, y ofrece luego en la espiga dorada el fruto sazonado y maduro.

Otras aplicaciones no menos útiles que asombrosas hacen otros padres y doctores de la Iglesia, del multiplicado fruto de esta parábola misteriosa. El fruto centuplicado y centésimo que produce la

semilla santa, es el de los mártires, dice san Agustín [1]; mas por el desprecio de la vida y el deseo ardentísimo de morir por Jesucristo que por la santidad de la misma vida, por mas que no sea fácil concebir esta santidad de vida sin un vehemente deseo de darla por Jesús. El fruto sexagésimo es el de los que conservan la santa virgindad, domando los apetitos de la carne con los rigores de la penitencia. Y el fruto trigésimo es el de los desposados ó el de los que viven unidos en el estado del matrimonio, aunque en verdad tienen una lucha bastante terrible que sufrir para no ser vencidos de la concupiscencia. Así que da el fruto treinta veces mayor el que sufre constantemente una lucha terrible por la conservacion de los bienes eternos: lo da sesenta veces mayor el que por la conservacion y custodia de los internos castiga su cuerpo y le mortifica con azotes y con otras privaciones y castigos; y lo da cien veces mayor el que da enteramente su vida por medio del martirio para unirse con Dios en la eterna. Así Job, antes de su tentacion dió el fruto trigésimo conservando la justicia y viviendo justamente en medio de la opulencia; perseverando justo después de la pérdida de sus bienes y de sus hijos, dió el sexagésimo, y dió el centésimo cuando conservó la misma simplicidad de corazón y su nunca desmentida paciencia, insultado por su propia consorte y amigos, llagado de piés á cabeza tendido sobre un muladar [2]. Jesucristo anunciaba su Evangelio y su reino para que fuese entendido de todos, y así no pudo menos de dar á sus apóstoles la explicacion correspondiente para la inteligencia de sus parábolas; así es que les dijo por san Marcos [3]: Que no se encendia la antorcha para ponerla bajo el celamin ó para esconderla debajo de la cama; y san Lucas añadió [4]: Que no debia ocultarse bajo alguna vasija, ni cubrirse ó sofocarse su luz con algun velo espeso que pudiera impedir que alumbrase, sino que por el contrario, debia colocarse sobre algun candelero para que alumbrase bien, y todos los que entraban en la casa quedasen iluminados con su luz; que fué lo mismo que decirles: Yo no pretendo, apóstoles mios, que se quede oculta alguna de las verdades que os anun-

[1] Div. August. lib. de sta. Virginitate, cap. 45.

[2] Div. Crisostom. Hom. 32 oper. imperfect.

[3] Marc. c. 4, v. 21.

[4] Luc. c. 8, v. 16.

cio: mi doctrina ha de ser conocida y manifestada al universo. Las acciones que yo hago en particular han de hacerse públicas y llegar á noticia de todos para que sirvan á la santificación del mundo. Esta es mi voluntad, y en su día tendrá su debido cumplimiento. Si penetrais bien lo que os digo, en esto encontrareis una importante profecía, á cuyo cumplimiento bien presto os hallareis en estado de contribuir. A vosotros pues es á quien mas particularmente se dirige toda la fuerza de mis razonamientos y discursos; recoged en vuestro interior con el mayor cuidado todo lo que me oyéis; vosotros sois los elegidos para anunciar mis doctrinas; conservadlas y guardadlas en vuestro corazón; para su inteligencia y explicación recibireis luces de lo alto, las que se os darán según fuere vuestra aplicación y diligencia; pero si esta no fuese correspondiente á las gracias que se os dispense, bien pronto perdereis las que ya juzgais poseer. Si ya hubiéreis recibido mucho como premio debido á vuestra fidelidad, cada día recibireis mas, porque aquella y el uso que hagais de los dones recibidos, será la medida de las liberalidades de mi Padre. El es tan dadivoso y liberal, que abre los tesoros infinitos de su ciencia y sabiduría á los que las desean, y los reparte con la mayor profusión á los que cooperando con su gracia se esfuerzan para encontrarlos; pero los retira, encierra y esconde de aquellos que dominados por la tibieza ó negligencia, los disipan y desprecian.

Remigio, Theophilacto, y otros varios expositores sagrados, dudan si estas pequeñas advertencias fueron hechas por Jesús á los apóstoles estando ellos solos, ó antes de despedir al auditorio ó concurso que habia asistido á la doctrina; pero san Marcos [1] nos induce á creer que se hicieron estando solos el Salvador y sus apóstoles, porque cuando se hallaba con las turbas usaba siempre el estilo figurado que nunca dejó en el discurso de su predicación; siendo doctrina corriente entre todos los historiadores sagrados que el Señor jamás quiso hablar de otro modo á unos hombres indóciles y preocupados, á los cuales la disposición de su ánimo no los hacia dignos ni capaces. De aquí nace al parecer no solo el orden metó-

[1] Marc. c. 4, v. 10.

dico y sublime con que Jesús se elevaba en sus discursos, pasando de una á otra comparación, sino la dulce y agradable violencia con que los arrastraba, como para forzarlos á creer en el próximo castigo del pueblo judaico, en la reprobación del antiguo culto, en la divinidad de su persona y en el establecimiento de su Iglesia: y como su primera parábola se tomó de una semejanza de la agricultura, que era la ocupación favorita de los judíos y su principal riqueza, continuó su Majestad valiéndose de ella para ulteriores parábolas, en las que quería fundar la explicación de otras doctrinas no menos interesantes.

En una segunda parábola, que es de la zizaña que el enemigo del hombre sembró en la hermosa heredad del gran Padre de familias, describió clara y perfectamente el estado de la Iglesia después de su ascension gloriosa á los cielos y de la muerte de sus apóstoles y discípulos. El reino del cielo, dijo, se ha hecho semejante á un hombre que sembró buena semilla ó buen grano en su campo, y en tanto que dormían los jornaleros vino su enemigo, sembró la noquilla ó zizaña en medio del trigo y se marchó.

Fácil es de conocer que este hombre sembrador del buen grano era el mismo Jesucristo; que aunque era Hijo de Dios desde la eternidad, se habia hecho hombre por nuestro amor; y con llamarse hombre queria recordar anticipadamente á todos los hombres sus hermanos, lo que tan misericordiosamente habia de padecer por ellos para libertarlos de la esclavitud de la muerte y del pecado. Que por la buena simiente se entienden los hijos del reino, esto es, los que pertenecen á la vida eterna, de que serán participantes en el reino de Dios, puesto que renacieron no de semilla corruptible [1], sino de la incorruptible que es la palabra de Dios vivo, la cual ha de durar por toda la eternidad. Y por el campo en que se hizo esta tan grande sementera, no puede menos de entenderse el mundo todo, en cuya extension está indicada é incluida la vocación de los gentiles; con lo que se presentaba el mundo todo á los ojos de Cristo como un vasto campo á la vista del sembrador. Por el enemigo, en fin, que entra en el campo mientras el amo y los criados du-

[1] Ep. 1. Pet. c. 1, v. 23.

men, y siembra la zizaña en medio del trigo, no puede menos de conocerse el diablo, enemigo implacable del hombre, por la envidia y por el odio que tiene á Jesucristo; pues considerando á todos los hombres como á la herencia y rebaño del Salvador, quisiera destruirlos á todos por causar algun daño á su dueño.

Con esta dañada intencion siembra entre los fieles cristianos la perversidad y la zizaña de la herejía, que es una yerba negra y mala por la que pueden entenderse todos los vicios y errores que pierden y destruyen el espíritu, así como las malas yerbas pierden y destruyen el trigo, y así como la zizaña se sobresiembró ó entrena en la buena semilla, así la herejía se mezcla entre las buenas Escrituras y se revuelve con ellas; por lo que dice san Agustín [1]: No nacen las herejías ni otras falsas doctrinas que enlazan y derriban las almas y las llevan al profundo del infierno, sino cuando no se entienden bien las Escrituras y cuando con audaz atrevimiento se contradice ó afirma en sentido contrario lo que en ellas es claro y manifiesto.

Con mas particularidad se dice que Jesucristo tiene tres campos propios en que siembra tres maneras de grano ó de pan. El primero es el mundo, en el que sembró el grano de la palabra de Dios y la doctrina de la verdad. El segundo es la Iglesia, en el que sembró hombres fieles que son los hijos del reino celestial; y estos los varones muy santos que son contados entre los hijos del reino. El tercero es el alma: en el alma siembra dos buenas semillas; la primera es la buena voluntad, y esta debe dar fruto de buena obra; la segunda es el conocimiento de sí misma y del mundo, y de Dios nuestro Señor. De su propio conocimiento le nace dolor, como de semilla fructuosa, segun la bella frase del Eclesiástico: *El que añade ciencia añade dolor* [2]. Del conocimiento del mundo le nace el temor, considerando que anda el hombre en medio de lazos. Del conocimiento de Dios le nace amor, sabiendo que es el Criador, Redentor y Glorificador. La primera de estas semillas la siembra el Señor en el campo de la voluntad y la segunda en el de el entendimiento; mas el demonio nuestro enemigo siembra zizaña sobre esta

[1] Div. August. Tract. 18 in Joann.

[2] Eccle. c. 1, v. 18.

buena semilla, esto es, errores y malos pensamientos en el entendimiento y propósitos malos en la voluntad; mas esto que el demonio siembra se mata tambien y se destruye de otras tres maneras. La una es el fuego de la contricion; la segunda, cortando la zizaña ó malas yerbas de los vicios en la confesion, y la tercera, es arrancando su raiz por medio de la penitencia ó satisfaccion. Estudiar por tanto debe el cristiano, y procurar que lo que en ella siembra, Dios florezca con santos deseos y produzca abundantes frutos de buenas obras.

Mas como el astuto enemigo cree tener á todas horas franca la entrada en el vedado del corazon, es preciso cercarlo con la valla inexpugnable de la fe, ararlo con el arado de la mortificacion y regarlo con las lágrimas de la compuncion, para que después el Señor lo visite y fecundice con el rocío de la divina gracia; sin lo que es sobremanera temible la mezcla de la mala semilla con la buena, aun en el bellissimo jardin de la Iglesia, que es la heredad escogida y mas privilegiada del Señor; pues desgraciadamente se ven con la mayor frecuencia introducirse en ella los hijos de las tinieblas y mezclarse con los hijos de la luz. Por fortuna empero esta malicia del diablo la convierte Dios en bien de sus escogidos, los cuales con la contradiccion y pruebas duras á que los exponen los malos, se ejercitan en la paciencia, se arraigan en la humildad, crecen en mérito y escarmientan con las ajenas caidas.

No se descubrió por de pronto la traicion del enemigo del hombre; creció la zizaña á la par que el trigo, y fué preciso esperar que arrojara tambien su espiga. De esta suerte suelen estar ocultos ciertos vicios, hasta haber echado raíces en el corazon y dado su fruto; mas entonces es cuando se manifiesta el celo verdadero y el amor ardentísimo por la mayor gloria de Dios. Manifiesta la maldad horrible, se patentizó tambien la fidelidad de los siervos; y acercáronse al Padre de familias y le dijeron: ¿Por ventura, Señor, no sembrásteis buen grano en vuestra tierra? ¿De dónde pudo pues nacer la zizaña? ¡Ah! dijo el Señor, fácil es de adivinar.

El enemigo del hombre buscó tiempo y ocasion para sembrarla. Este enemigo es el diablo, porque debajo de la semejanza de la razon humana engañó al hombre desde el principio, lo venció y esclavi-

zó. Los siervos son los padres antiguos, y los cristianos primeros que florecieron en la primitiva Iglesia, los que maravillándose de la obstinada perversidad de los herejes que se levantaron contra ella, llegaron á Dios por la oracion y le rogaron se dignase manifestarles el origen de tanto mal. Oyó el Señor su súplica y se les reveló que de esto era autor el demonio, permitiéndolo empero el mismo Dios para probar la firmeza y constancia de todos los fieles. Tres semillas perversas y pestilentes sembró el demonio en el corazón del hombre, á saber, la ignorancia, la culpa y la miseria; por lo cual vino del cielo el labrador celestial Cristo Redentor nuestro, y trajo para bien y provecho del hombre otras tres semillas enteramente contrarias, que son, la sabiduría, la gracia y las esperanzas de gloria. Este cultivador eterno, Dios y Señor de todos los hombres, Criador de los cielos y de la tierra, sembró en ella la semilla de la fe y de su doctrina, y el enemigo del hombre sobressebró errores y maldades de muchas maneras. Sembró Cristo en el mundo paz y caridad fraternal; y sobressebró el demonio envidia, venganza y mala voluntad. Sembró Dios en el campo de afuera, que es el cuerpo, limpieza, inocencia y pureza; y sobressebró Satanás liviandades inmundas, carnalidades y torpezas. ¿A quién no hará receloso y cauto la pérdida simulacion con que el astuto enemigo nos encubre sus dañados intentos?

El celo ardiente de los siervos fieles no quedó al parecer satisfecho con esta aclaracion del gran Padre de familias, y corriéndolo con velocidad hasta el punto que ellos lo creian necesario, le dijeron: ¿Quieres que váyamos y arranquemos estas zizañas ó malas yerbas? No, contestó aquel, no. Guardaos muy bien de eso, no fuese cosa que arrancando la mala yerba desarraigues el trigo tambien. Dejad que crezcan uno y otro hasta el tiempo de la siega; entonces diré yo á los segadores, que cojan primero la zizaña, que la aten en pequeños haces para quemarla, y que recojan después el trigo para mis trojes. El celo que nace de la caridad se presta con mucha prontitud para destruir la obra del demonio: por esto es muy justo se llere con amargura ver cuán pequeño es el número de los siervos, que preciándose de fieles no se aventuran á exponer su honra y su vida para defender la heredad santa del Señor: adviértase

empero que por mas justo que parezca algunas veces este celo, no es siempre conveniente ni oportuno. El tiempo y la sazón de remediar los males solo Dios lo sabe; y el que no impetra para esto las luces del cielo, está muy expuesto á errar, y tal vez á desbaratar los designios de la Providencia, que sufre á los malos, ó para esperar su conversion, ó para ayudar por este medio á la salvacion de los buenos. Y dijo que no queria, para manifestar que toda precipitacion en la administracion de justicia es muy perjudicial y sospechosa. Precipitase la justicia cuando antes no la preceden la correccion fraterna y las amonestaciones saludables, y es dañosa cuando el que debe administrarla es participante en el crimen, y esto es en injuria de la fe y de la Iglesia; sobre lo que debe oirse á san Agustín [1]: Algunas veces se deben tolerar los malos por la paz de la Iglesia; mayormente cuando se teme que podria originarse un cisma por castigarles como merecen. Por último, es sospechosa la justicia cuando no hay entera certidumbre del delito cometido por ciertas y determinadas personas; y aunque aquel conste indudablemente, si no son por otra parte bien conocidos los autores de él, no deben ser arrancados como la zizaña y entregados al fuego.

Al decir el Padre de familias á sus criados, dejad á la zizaña que crezca con el trigo hasta el tiempo de la siega, fué lo mismo que decirles: Dejad que vivan los malos entre los buenos hasta el fin de los siglos y hasta el día del juicio, entendiéndose precisamente de aquellos por cuya tolerancia no viene daño universal á la Iglesia; pues los herejes públicos y pecadores notorios, deben ser pública tambien y notoriamente castigados. Así da el Señor lugar á los tales criminosos para que hagan penitencia; y á los príncipes y prelados da ejemplos de discrecion y paciencia para que no se precipiten extremadamente en el castigo de los malos, avisándonos al mismo tiempo para que no usurpemos el juicio de las cosas ocultas, sino que lo reservemos para Dios, que da á cada uno segun sus obras. No es tampoco menos digno de reparo y atencion que este mandato del Señor no es contra lo que previene el Apóstol cuando hablando de la correccion de los malos, dice: *Quitad al malo de entre vos-*

[1] Div. August. lib. 3 contra Parinon.

otros; porque el mandamiento del Señor no se entiende sino de los pecadores dudosos; mas lo que ordena el Apóstol se entiende de los públicos y manifiestos, por cuya razon no es bien crean los superiores y prelados que están competemente autorizados para no remediar con eficacia y celo los males que cunden entre sus súbditos.

Por tres causas espera y sufre Dios que los buenos y los malos hagan voluntariamente penitencia, y permite que no sean castigados con muerte prematura, repentina y acelerada. La primera para que se conviertan si quieren, y en su conversion y después de ella sean ayudados de los buenos. La segunda para animar mas la gratitud de los justos, á fin de que conociendo que son al parecer elegidos y favorecidos con la gracia de Dios, se esfuerzen no solo en perseverar, sino en aprovechar cada dia y cada vez mas para obrar el bien, agradar á Dios y cooperar á la santificacion de las almas. Y la tercera es para que aprovechen á los buenos obligándoles á crecer en merecimientos, por las persecuciones que sufren de parte de los malos. Nadie duda que los malos son de sumo provecho á los buenos, porque los atribulan y martirizan; y con esta tribulacion y martirio se lima la escoria de las culpas y faltas que hubiesen cometido, y se manifiesta á todos la virtud que antes tenían escondida. Les aprovechan en fin porque los estimulan á trabajar sin descanso en el camino de la virtud; estos estímulos alejan de ellos todo sopor ó pereza, y caminan con mas aceleracion hácia la patria dichosa, siendo para ellos ocasion de una gran corona; porque las tribulaciones en que los ponen, no hacen otra cosa sino esmaltar con piedras preciosas las coronas inmarcesibles que en la gloria tienen preparadas; y puesto que los malos aprovechan á los buenos, permite la divina Providencia que vivan con ellos. ¡Admirable paciencia que tiene Dios con todos! ¡Insensato el que no se aprovecha de ella y la imita, conservando la paz y la caridad con su prójimo hasta el fin!

Tanto como tiene de consoladora la doctrina de Jesús manifestada hasta aquí, tiene de espantosa la que despnes sigue: *Coged primero la zizaña y atadla en manojos para quemarla.* Este será el mandato del supremo y rectísimo Juez en el dia de la siega, que será el del juicio final, y esto se dirá á los segadores, que serán los án-

geles. Segregad los buenos de los malos; colocad aquellos á mi derecha, los otros á mi izquierda. Vengan los primeros á gozar del reino de mi Padre que les está preparado: vayan los segundos malditos al fuego eterno: apartadlos de la compañía de los buenos y sufran esta pena de daño, y no vean mas el rostro de mi bondad; atadlos como haces de la mala zizaña y sean arrojados para siempre á los fuegos inextinguibles, sufriendo eternamente esta pena de sentido. ¡Espantosa será esta siega para los que merezcan ir al incendio y no al granero! ¡Qual fueres ¡oh hombre! al tiempo de la siega tal serás para siempre. ¿Quieres ser trigo entonces? Procura pues serlo ahora. ¿Quién sabe si ya empuñó la hoz el segador? ¡Cuántas mieles siega Dios del campo de la vida antes de madurás! No hay edad ni salud que no pueda ser asaltada de la muerte. Y adviértase que no dijo el Salvador que se haria un solo haz de toda la zizaña, sino que se harian pequeños haces, para denotar que cada uno será castigado segun la manera y medida de su culpa y de su perversidad. Formaránse tambien en el infierno como diversas clases y jerarquias; estarán los soberbios con los soberbios, los avaros con los avaros, los inmundos y sucios con los impuros, los glotones con los golosos, para que los que fueron compañeros en la culpa sean atormentados con la misma pena. Pero si bien esta pena será diversa en cuanto sea pena de sentido, por la diversidad de tormentos, será una sola como pena de daño, porque siempre será la carencia de la vision de Dios. Estas dos penas explicó muy claramente el Señor cuando dijo: *Allí habrá llanto y rechino ó temblor de dientes.* El llanto es indicio de un dolor penoso, por el daño de carecer de la vista de Dios, y el temblor de dientes manifiesta una pasion atormentadora, cual es la que á uno corporalmente aflige; y aunque los teólogos no se determinen á decir que allí habrá lágrimas corporales, que pudieron designarse muy bien con los lloros que dijo Jesús, no titubean en afirmar que estos y el temblor de dientes denotan por lo mismo las dos penas de daño y de sentido, que son estas dos palabras que él mismo denotó. Este será el desastroso paradero de la vida mundanal y de las obras contrarias al Evangelio. ¿Cuántos hay que al mismo tiempo que invocan y predicen una desmedida y desenfrenada libertad, para entregarse sin freno ni temor

alguno al goce de las pasiones y placeres brutales, están ya hechos manojos y atados para ser arrojados al fuego eterno? ¡Cuántos por un momento de gozar tendrán que llorar eternamente y que temblar! Ahora avisa Dios al hombre con tanto amor y misericordia, porque si por desgracia suya lo desoye y desprecia, en el día tremendo de su ira le juzgará sin misericordia.

Mas el trigo, dijo el Señor, introducidle y conservadle en mi granero. Los graneros de Dios son las mansiones y espacios inmensos de la gloria. Trigo llama Jesucristo á sus siervos escogidos y justos, porque se trillan en la era del mundo con aflicciones y penas y con tentaciones diversas, de manera que ninguna paja queda en él; por esto añadió: *Y brillarán como el sol*; esto es, por el dote de la claridad que redundará al cuerpo por la gloria que gozará el alma; sobre lo que dice san Crisóstomo [1]. No resplandecerán solamente como el sol, sino mucho mas que el sol; pero porque no conocemos otro cuerpo mas luminoso y de mas grande brillo que el sol, usa el Señor con nosotros de estos ejemplos mas concebidos y familiares para excitar nuestro conocimiento hácia lo mas sublime. Esta comparacion es solo en cuanto al cuerpo, porque el alma glorificada será mucho mas hermosa que el sol; y así como en este bellissimo astro se manifiestan cuatro dotes muy principales, tambien se ostentan en el alma llena de los resplandores de la gloria, que son *claridad, ligereza, sutileza é impasibilidad*. Claridad, porque en las criaturas inferiores ninguna cosa hay tan clara como el sol. Ligereza, porque en el breve espacio de doce horas corre desde Oriente á Poniente, formando un círculo sobre nuestra cabeza, cuya inmensa distancia nadie ha podido medir. Sutileza, porque pasa por medio de los cristales y no los rompe. E impasibilidad, porque penetra su ardiente rayo por medio de las cloacas y lugares inmundos, y no se inficiona ni corrompe. Y añade en seguida, *en el reino de su Padre*, para que se entienda que como hijos del Rey eterno, recibirán de él el reino de la hermosura. ¡Oh! ¡cuán glorioso es el reino en el cual resplandece tan santa compañía, donde tan hermosamente brillan los justos, y donde permanece tan perfecta caridad!

[1] Div. Crisostom. Hom. 48 in Math.

¡Oh! ¡cuán dichosa es la patria donde se goza tan cumplido deleite!
¡Oh! ¡cuán afortunada es la ciudad donde se vive en perpetuo día, donde tan alta dignidad se goza, y donde se vive para siempre en perpetuo goce de tan inmensa y deliciosa caridad! Ciudad santa, ciudad pacífica, ciudad de Dios, donde con él vive y reina el justo, en tí morarán para siempre la inocencia, la virtud y la paz, sin sentir las tristes alternativas de la persecucion, del escándalo y de la contradiccion. Todos tus moradores serán perfectos y santos, porque es santo y perfecto el que en tí vive y reina; por tí respirará, amada patria mia, y no sosegará mi alma hasta que en tí eternamente descanse [1].

III Omitiendo varias observaciones que hacen los Evangelistas en la narracion destas parábolas se han puesto solamente las recitaciones del Evangelio tales como en los antedichos dias los canta ó recita la Iglesia. San Márcos, en la parábola de la zizaña y del buen trigo, no hace memoria sino de este ó de la buena semilla que solo á los justos pertenece, los cuales dice serán cogidos como trigo bastante bueno y puesto en las trojes de la bienaventuranza eterna, al paso que la zizaña será echada en el horno del fuego eterno, en cuya consecuencia compara el reino de los cielos, esto es, la santa Iglesia regida por Dios, la que rige á los hombres; el sembrador que sembró el trigo en la tierra, demostrando en cierto modo casi hasta la evidencia misma el modo como se forma, con qué medios se extiende y sobre qué principios se gobierna. Dícenos pues san Márcos, que al contemplar el hombre que siembre su trigo en el campo, debemos conocer que trabajó mucho en el tiempo de la sementera, pero que después trató de descansar hasta la siega; que durmió por la noche, se levantó de día, y con la tranquilidad propia de un labrador desembarazado de mil cuidados, que ya al parecer no necesita su tierra, vió brotar el grano, crecer la yerba y llegar el trigo á madurez, sin que al parecer supiese el dueño del campo lo que en él pasaba, pues una vez sembrada la tierra, fructifica ella misma por su gran fecundidad. . . Bondad admirable de Dios, misericordia infalible, Providencia incomprendible, que en todas partes se derrama en beneficio de los hombres, ¡cuán do te conocerán estos debidamente, y conociéndote te bendecirán y alabarán! ¡Bendito seas, Señor, y bendita sea vuestra misericordia infinita por los siglos de los siglos!

ORACION.

Señor mio Jesucristo, Criador y Redentor mio, pues siendo tú quien eres y sin mirar lo poco que soy, has tenido á bien de abrirme los ojos y colocarme en la casa de tu morada, ayudándome siempre como Padre para que goce de la semilla y frutos del Evangelio: tenne, Señor, de tu santísima mano, y no permítas que los enemigos de mi alma siembren en mi corazon la zizaña de la falsa doctrina: ampara-me, Señor, para que siempre sea tuyo, y amándote en esta vida merezca reinar contigo en la eterna. Amen.

Nota. La historia del presente capítulo se halla en el XIII de san Mateo, desde el versículo 3 hasta el 53, ambos inclusive. En el IV de san Márcos, desde el 3 hasta el 20, y en el VIII de san Lucas desde el 5 hasta el 15, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de el de san Lucas para el Evangelio de la misa de la Dominica de sexagésima, segun se halla en los citados capítulos y versículos.

Y del de san Mateo, desde el versículo 24 hasta el 30, ambos inclusive, para el de la misa de la Dominica V después de la Epifanía. Uno y otro dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA V DESPUES DE LA EPIFANIA.

San Mateo, cap. XIII, vs. 24 al 30.

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas esta parábola: Semejante es el reino de los cielos á un hombre que sembró buena simiente en su campo; mas en tanto que dormían los hombres, vino su enemigo y sembró zizaña en medio del trigo y se fué. Estando ya el trigo muy crecido en caña, y apuntando la espiga, descubriose así

mismo la zizaña. Llegáronse entonces al padre de familias sus criados y le dijeron: Señor, ¿por ventura no sembraste buena simiente en tu campo? ¿Pues cómo es que tiene zizaña? Dijoles él: Mi enemigo es quien la sembró. Replicáronle entonces los criados: ¿Quiéres que váyamos y la arranquemos? A lo que contestó: No, porque no suceda que arrancando la zizana, arranqueis juntamente el trigo; dejad crecer lo uno y lo otro hasta la siega, y al tiempo de segar diré á los segadores: Coged primero la zizaña y haced gavillas de ellas para el fuego; el trigo empero metedle después en mi granero.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA DE SEXAGESIMA.

San Lucas, cap. VIII, vs. 4 al 15.

En aquel tiempo concurriendo muchísima gente, y dándose prisa en salir de las ciudades para presentarse á Jesús, les dijo como por semejanza: Salió un sembrador á sembrar una simiente, y al esparcirla cayó una parte de ella á lo largo del camino, y fué pisoteada, y las aves del cielo la comieron. Otra porcion cayó entre piedras, y después de nacida se secó porque no tenia humedad. Y otra cayó entre espinas, y creciendo al mismo tiempo las espinas con ella la ahogaron. Y otra cayó en buena tierra, y habiendo nacido dió fruto á razon de ciento por uno. Diciendo esto clamaba después en alta voz y decía: El que tenga oídos para escuchar, atienda bien á lo que digo. Preguntábanle sus discípulos qué queria decir esta parábola. A los cuales respondió así: A vosotros se os ha concedido el entender el misterio del reino de Dios, mientras á los demás se les habla solamente en parábolas; de modo que viendo no vean y oyendo no entiendan. Ahora bien, el sentido de la parábola es este: La semilla es la palabra de Dios. Los granos sembrados á lo largo del camino significan aquellos que la oyen; pero luego viene el diablo y les arranca la palabra del corazon para que no crean y se salven. Los sembrados en un pedregal son aquellos que oída la palabra la reciben con gozo; pero no echa raíces en ellos, pues crecen

por una temporada y al tiempo de la tentacion vuelven atrás. La semilla caída entre espinas son los que la oyeron; pero con los cuidados, y las riquezas y delicias de la vida, al cabo la sofocan y no llega á dar fruto. Mas la que cayó en buena tierra denota aquellos que con su corazón muy bueno y sano oyen la palabra de Dios y la conservan cuidadosamente en él y dan abundantes frutos mediante la paciencia.

CAPITULO XXIV.

CONTINUA LA MATERIA DEL CAPITULO PRECEDENTE.

Grandes son sobremanera y sublimes las instrucciones que nos dió el Maestro divino en las anteriores parábolas; pero no son menos grandiosas y admirables las que se encierran en las siguientes. En las primeras indicó con precision y claridad para que fuesen reconocidos los frutos que obra la predicacion de la divina palabra sostenida por su gracia, en todos los hombres que movidos por ellas se presentan fieles para ser recibidos en la Iglesia y contados en el número de sus hijos adoptivos, quedando hechos miembros vivos suyos y herederos de su reino. Es cierto que el hombre nada puede por sí para llegar al Evangelio, crear sus misterios y practicar sus máximas, si la gracia de Jesucristo, en la cual se encierra el principio y la raíz de todo bien, como el fruto en la semilla, no lo previene y no lo acompaña; y así como jamás llevará trigo la tierra si no se arreja en ella simiente de trigo, así tampoco nuestra alma producirá obras de salud si no se hace fecunda por la gracia del divino Redentor. Esta es la siembra, la siega y la cosecha de que nos habló Jesús en estas parábolas. Esta gracia empero queda infructuosa y estéril, aunque sea dada con la mayor abundancia, si la voluntad no se determina libre y generosamente á hacer que fructifique;